

LOS SUELDOS FERROVIARIOS

No deja de tener un marcado interés localista, la cuestión del aumento de haberes a los empleados del ferrocarril, por el numeroso ejército que forma en nuestro pueblo esa enorme masa de trabajadores, que férreamente lucha en la difícil misión del intercambio de productos y vidas. Se aproxima a las tres mil el número de familias ferroviarias que Alcázar alberga en su seno y no es posible desoir los justificados lamentos, lanzados por la indignación que ha producido el reciente decreto del Gobierno, brindando una mejora para la clase ferroviaria, que no por ser largo tiempo esperada ha dejado de ser menos ridícula.

Y llevan razón los del carril. El parto de los montes no admite la comparación con la reciente jornada ministerial, otorgándose las migajas extraídas del transportista, que a fin de cuentas van a las espaldas del consumidor. Para ese viaje, no hacen falta alforjas;—dicen los ferroviarios—si el Gobierno no cuenta con medios para atender nuestras demandas, que no hubiese hecho nada, y habría quedado más airoso. Todo, menos reirse de nosotros—claman—y el malestar cunde y la protesta general se exterioriza.

En verdad, que el numerario destinado es raquítrico y ramplón el procedimiento empleado.

Mala orientación lleva el fatídico problema ferroviario, en cuanto a salarios se refiere, al decir de los empleados, que pacientemente vienen esperando las mejoras. Con ser interesante para ellos el aumento de sueldo, no lo es tanto como las reivindicaciones que anhelan en el interior de su carrera. Un orden completo y justiciero en los escalafones; regularización de los ascensos y estos a fecha fija, privilegios que disfrutaran unos y no otros; jubilación forzosa a los sesenta años para que corran las escalas etc. etc., son detalles que mejorarían en alto grado la situación de los obreros del carril, con un aumento prudente y escalonado en los gastos, sin necesidad de ese cúmulo de millones que asusta al Gobierno y alarma justificadamente a la opinión.

Dinero sí, es preciso, pero satisfacciones y moralidad también echan de menos los ferroviarios y de ello se conducen.

No se habla de otra cosa entre el significado elemento, que condena duramente la disposición y que anhela quede sin efecto, porque nada resuelve y tienen que aparecer como responsables del aumento de tarifas.

Si los millones que ha producido el dichoso tres por ciento hubiesen sido dedicados a jubilar los sesentones, todos, y comenzando por los altos puestos, hubieran sido satisfechas, quizá las justas aspiraciones de los ferroviarios. Así, de ninguna manera sigue en pie el problema.

El alma del pueblo

Una hoja que por su contenido y su espíritu avieso, mereció la repulsa y el asco fulminante del alma noble, grande y decente de Alcázar, quieren revestirla y sostenerla en los inestables pinos de adhesión de sesenta y cuatro compañeros y compañeras. Su rúbrica daba tan pocos, que recurrieron a las compañeras.

No sabemos en ese desdoble, cuál será la cifra de las compañeras. Desde luego, para estas últimas nada, sino decir que es poco edificante y poco ejemplar, aconsejar a la mujer, todo bondad, sentimiento y corazón, que sus primeros pasos de su incorporación a los derechos de ciudadanía, sea requerida para que se solidarice con un documento cuya esencia, no es a base de fines culturales, ni de principios generosos de redención, ni de una idea alentadora y progresiva, sino a base de visos difamatorios, de falsedades manifiestas rayanas en la injuria, que condenó en una vibración general todo el pueblo de Alcázar.

Eso por lo que respecta a las compañeras, que por lo que respecta a los compañeros, yo he de decirles, que ni a título de compañerismo, ni a título de solidaridad, ni a título de ninguna ideología, porque esa misma ideología lo condena y repele,

debe suscribirse un documento equivocado de pies a cabeza, que lleva en sí mismo el daño notorio que percuta en daño y desprestigio de las ideas que se trata de defender.

Yo, estoy afiliado al Partido Republicano desde mis diez y siete años; yo, estoy cada día más identificado con este Partido; yo, aprecio y defiendo con todas mis fuerzas sus cívicas virtudes, su noble historial y su ejemplar ejecutoria en todos los órdenes de la vida local; yo, siento un recuerdo permanente para los robles añosos que de su seno murieron, y un cariño acendrado para todos sus supervivientes.

Yo, admito en sus zonas templadas o en sus zonas de vanguardia, la pasión idealista, el ardimiento combativo, el calor hirviente, la fuerza de la palabra taladradora sobre la viva roca de la discusión ardorosa; pero lo que no admito, lo que no compartiré nunca, y combatiré por amor y prestigio del ideal, es que a pretexto de este ideal, se vierta una difamación, un agravio, o una injuria.

Porque cuando un individuo o unos individuos de un partido, desbarran de manera tan incorrecta y tan insultante y tan fuera de razón, con un vocabulario de frías oxidadas y perdidas en los hedores estercoleros; cuando eso ocurre, y eso se lleva al examen de un partido o de una agrupación, el deber de sus afiliados es decirles a los autores: «No; ese no es camino; por arrebatado, por ofuscación ausente de razones, por lo que sea, os habeis equivocado, y debeis rectificar con esa nobleza que engrandece a los hombres y eleva las ideas; pero imposible por encima de todo que nosotros nos hagamos solidarios de semejante contenido y expresiones!»

Eso hacen los hombres que piensan con el cerebro y el corazón; eso hacen los partidos que dicen enarbolar postulados regeneradores y culturales de amor y de justicia; eso hacen las agrupaciones de hombres conscientes, ecuanimes y sensatos, por sus elevaciones espirituales.

Porque aspirar a gobernar a un pueblo, con procedimientos desterrados de todo vestigio de civilización; aspirar a gobernar a un pueblo llevando por delante el odio, el rencor, la persecución sistemática y el vocabulario asqueante como azote inculto y rabioso, son aspiraciones que forzosamente quedan en agraz.

Procedimientos tan notoriamente equivocados, tan visiblemente contraproducentes en todos los órdenes de los partidos y de la vida, tan perjudiciales y dañinos por sus consecuencias y segregaciones preñadas de sedimentos, repito, de esa clase, no puede defenderlos ni patrocinarlos ningún partido, ni ninguna agrupación que mueva sus ideas en los crisoles de la civilización que disfrutamos.

No puede mantenerse eso, a título de ningún credo, ni de ninguna ideología, ni de ninguna disciplina societaria, porque no hay partido, ni credo, ni disciplina, ni cohesión de grupo dentro de España, que ordene, ni ampare, ni aliente semejantes procedimientos.

Creen que con decir: «Somos de izquierdas, muy de izquierdas!» creen que eso, da margen para todos los desbarramientos y desatinos.

Olvidan que precisamente de las altas cumbres prestigiosas y autorizadas de la política española encarnada en lumbreras de Socialistas y Republicanos, se nos ha dicho:

«Persecuciones y odios, no; la Democracia es libertad, pero no libertinaje; la Democracia es cultura, pero no desvergüenza; la Democracia es saber superarse el hombre dentro de ella, por su corrección, por su cultura, por sus buenos sentimientos, por una serie de actuaciones modelos y ejemplares, que en lugar de envilecerla y desprestigiarla, la eleven y la dignifiquen para que todos la admiren y la amen».

En ese espejo debemos mirarnos todos; y los que en lugar de eso miren a las turbias aguas de légameos propagadores de odios y rencores; difamaciones y virus sociales, esos ya pueden decir que son muy de izquierdas; ya

pueden cubrirse con las etiquetas que quieran, porque inexorablemente labran su tumba política.

Esos solo pueden vivir, en los pueblos aletargados por la roña de sus apatías; en los pueblos carentes de sentido político; en los pueblos en que no predomina el verdadero concepto de la libertad; en los pueblos exentos de comprensión y cultura; en los pueblos que no radiaron sus lares las filtraciones luminosas de la convivencia social, razonable, serena, inteligente, que abriollanta la eficacia de la idea en todas sus grandes ponderaciones y virtudes.

¿Será Alcázar uno de esos pueblos carentes de la verdadera sensibilidad política? ¿Consentirá que se descentre el punto fijo y salvador de su gravedad mecánica? No; no, y mil veces no. Si algún intruso conscientemente o locamente lo pretendiera, tropezará con la coraza imperorable de este corazón alcázareño por todos admirado y enaltecido. En pie se pondría como un solo hombre para barrer políticamente, para pulverizar políticamente, a los pigmeos que pretendieran desfigurar la virtud excelsa, la virtud madre de virtudes, que alienta en él desde el primer resuello de su vida.

EMILIO PANIAGUA

¡Ha muerto Angel Andrade!

El viernes, ha fallecido en Ciudad Real, donde nació el año 1866, el ilustre pintor, honra de La Mancha y de España entera, D. Angel Andrade.

Fué un artista españolísimo, amante de todo lo nuestro, de la tradición, de la patria—dice «Vida Manchega»—Cultivó preferentemente el paisaje y repartidos por museos o en colecciones particulares están sus cuadros, arrancados de la realidad, con el vivo colorido de su paleta mágica.

Ciudad Real llora la muerte de su egregio paisano y La Mancha y España tienden un crespón por la pérdida del divino artista.

Este periódico se adhiere al sentimiento general y remite su condolencia a la respetable familia del finado.

Una bandera para la Banda Municipal

Suscripción para la Bandera de la Banda Municipal.

Don Juan Nieto.....	5'00
D. Carlos Gómez.....	2'00
Don Domingo Parra.....	2'00
Señorita Pilar Llopis de Cordero.....	5'00
Srta. María Teresa Soubriet Cordero.....	5'00
Srta. María Luz Alberca y Cordero.....	5'00
Srta. Consuelo Carreño....	5'00
« Pilarcita Cenjor.....	4'00
« María Cristina Carreño	1'00
Ricardito Carreño.....	1'00
Don Manuel Moltalvo.....	1'00
Suma.....	36'00

Los donativos se reciben en las Redacciones de los periódicos locales, o pueden enviarlos directamente al Director de la Banda.

¡Ferroviarios!

Consumiendo el pan de «La Flor de la Mancha» por conduco de «La

Equidad» fomentais el ahorro en vuestras cartillas y disfrutais de inmejorable calidad. Avisad

a los repartidores de esta casa o al teléfono número 11, para los servicios a domicilio.